

18-14  
15-52

Así definió al catolicismo franquista el Ministro de Educación del Gobierno del General Franco, señor Ruiz Jiménez, en el discurso que dijo en Jabier con motivo del centenario. Los restantes católicos -los no franquistas-, son los que, según el mismo dignatario falangista, se encuentran al borde de la herejía. Pero la crisis no se da sólo en España.

Ambos grupos -los intransigentes que adoran al Santo Oficio, y los tolerantes, devotos de la caridad y discípulos del Apóstol de los Gentiles-, se han enfrentado en Estados Unidos, en áspera y prolongada discusión que costó, primero, la separación de un docto profesor de Teología por los Jesuitas, a cuya Orden pertenecía; segundo, su salida de la Compañía; tercero, su excomunión por el Santo Padre. Así ha terminado en Norteamérica el brote cismático de los católicos intransigentes situados al borde de la Inquisición, ¿Cómo terminará en la España de Franco?

La pugna entre ambos grupos tiene tanta vida como nuestra propia Era cristiana. La encontramos simbolizada en el fariseo y el publicano del Evangelio. Ha adoptado diversas formas en el curso de la Historia. La Inquisición y la "Cruzada" nos recuerdan algunos de sus aspectos. Topamos con esa Iglesia en aquellas alocuciones episcopales en las que se piden cincuenta años de espectro de guerra civil, de vencedores y vencidos, de violencia montada a caballo para impedir el olvido, el perdón, la piedad y la convivencia. Algún día, en bien de la Iglesia y en bien de la sociedad, habrá de ser sancionada esa desviación en España, como lo ha sido en Norteamérica, arrastrando la excomunión del puritano intransigente.

El año 1582, desembarcaba en Macao el Padre Ricci. Pudo reali-

zar el empeño en el que rindió su vida nuestro Jabier. Ningún misionero había podido establecerse en aquel país, en los dos siglos precedentes. En Occidente era conocida China como enemiga de todo aquello que no tuviera nacimiento en su tierra, deseosa de aprender y satisfecha de su propia cultura. El Padre Ricci era astrónomo, matemático y músico. En Macao aprendió el chino. Unido al Padre Ruggieri, usando de nombres chinos, se internaron en el Celeste Imperio, presentándose como letrados occidentales, aunque sin ocultar su condición de sacerdotes católicos. Mapas diversos e instrumentos científicos y musicales constituían todo su equipaje y les servían, al mismo tiempo, como carta de presentación.

A medida que el Padre Ricci se fué iniciando en la doctrina de Confucio, la encontró saturada de preceptos morales que un cristiano podía aceptar, sirviéndose de ellos para hacer la presentación de la caridad y de las creencias cristianas.

El pragmatismo de la religión de Confucio practicaba ritos y ceremonias diversos: la comida fúnebre, las ofrendas a los muertos, las prosternaciones ante los túmulos portadores del nombre de los difuntos; ritos y ceremonias que, depasando su carácter religioso, constituían base del propio orden social establecido. El Padre Ricci se planteó el dilema de estimar estos ritos y ceremonias como pertenecientes al orden social o al religioso, como manifestaciones civiles o prácticas idolátricas. Resolvió reputarlas ceremonias civiles, de orden social, arrastradas por una tradición milenaria. Y predicó el Evangelio de Cristo al margen de este pragmatismo, no como la Religión del Occidente que lo atacaba, sino como doctrina universal que respetaba en cada lugar los hábitos, costumbres y tradiciones del país, que no se opusieran a la moral cristiana.

Un año después de comenzar su predicación el Padre Ricci, fué traducido e impreso el Decálogo, seguido de la publicación de "La Verda-

dera Noción del Señor del Cielo", impreso y repartido a la vez en varias provincias. En 1650, existían 150 mil cristianos en China. Surgió la querrela de los ritos entre las órdenes misioneras, y su resultado fué el que se arruinara la empresa de la evangelización. Las pequeñas cristiandades chinas desaparecieron todas. Voltaire dedica al hecho varios capítulos en su obra "El Siglo de Luis XIV". Bernardo de Vaulx se ocupa del caso, en mayor ponderación que Voltaire y con gran acopio de datos, en su "Historia de las Misiones Francesas".

El Padre Ricci fué conducido por un deseo ~~secesante~~ fervoroso de incorporarse al pueblo chino, respetar su idioma, costumbres, cultura y civilización, y no aparecer como el emisario de la cultura occidental que va a colonizar el país, en beneficio de otro país extranjero. Ofrece en esa conducta una muestra reconfortante de la preocupación constante de la Iglesia, de no poner sus Misiones al servicio de ninguna potencia terrestre. Las Instrucciones dadas a los misioneros en 1650, les recomiendan vivir apartados de toda actividad política. Si, por fuerza de las circunstancias, se veían compelidos a dar un consejo, éste debería tener un cierto sabor de eternidad. El día más grande de vuestra vida misional, será aquel en el cual podáis dejar la misión, remplazados por clero indígena, de la raza, del color, de la lengua y la cultura del país al que predicasteis el Evangelio: cien veces se ha dicho así en Roma.

La Encíclica de 1919 no hace más que reiterar la norma secularmente afirmada por el Pontífice Romano. El siglo XIX volvió a ser de predicación en China, al amparo de la irrupción del Occidente en las tierras del Imperio. La Iglesia aplicó las normas que el Padre Ricci había puesto en práctica tres siglos antes. En 1942, se contaban en China más de tres millones de católicos, cinco mil sacerdotes -de ellos tres mil europeos-, trece mil escuelas, 325 hospitales y 422 orfanatos.

La inquisición de la izquierda ha destrozado ahora esa obra, como antes la arruinó la inquisición de la derecha. El sectarismo comunista, con sus modos totalitarios, violencia ingénita, materialismo y xenofobia, ha permitido el que se desbarate la espléndida empresa misional, como antes el sectarismo de los ritos la arruinó.

¡Que Dios permita que al sectarismo de la derecha, afirmado en el Poder y mantenido desde el Ara Santa, no siga en nuestro país el sectarismo de la izquierda! ¡Que la Providencia nos libre de que un día se aplique al Cardenal Arzobispo de Sevilla las normas que él impone a las capillas de otras confesiones cristianas; y al Arzobispo de Valencia los 50 años de vida de opresión, que él pretende para España!

Frente al dilema de Inquisición o Herejía, planteado por Ruiz Jiménez, el Ministro de Franco, nosotros proclamamos el de García de Nájera, del siglo XI: "Gloria a Dios y Libertad a la Patria". Jaungoikua eta Lagi-Zará.

Con libertad y Fé, con caridad y tolerancia, es como el Evangelio de Cristo se abre camino en el mundo; y como nosotros queremos ver a nuestra Patria.

\* \* \*

Acaban ustedes de escuchar la lectura del artículo titulado "AL BORDE DE LA INQUISICION", escrito por nuestro colaborador Manuel de IRUJO.

-----